

Jean François de SAINT-LAMBERT, *Colección de cuentos morales (los da a la luz Francisco de Tójar)*, edición, introducción y notas de Joaquín Álvarez Barrientos, Salamanca / Cádiz, Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Salamanca / Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, Plaza Universitaria Española, 2002, 115 págs. (*Scripta manent*, 2).

*Scripta manent* titulan los grupos de estudios del siglo XVIII de las Universidades de Salamanca y Cádiz la serie en que se publica esta edición de la traducción que Francisco de Tójar imprimió de los cuentos de Saint Lambert. *Verba volant, scripta manent* y, finalmente, la escritura narrativa del siglo XVIII, en la que se encuadran estos cuentos, ha logrado permanecer pese a la desoladora advertencia de Montesinos sobre la esterilidad de este campo y pese a una historia literaria que hasta este último fin de siglo ha negado u obviado su existencia o mermado su relevancia.

La recuperación de materiales narrativos como éstos ahora publicados, que aunque no suelen ser inéditos (pues en su mayoría fueron impresos en el siglo) eran hasta hace bien poco desconocidos o de difícil localización, demuestra que no era tanta la carencia como el desconocimiento y revela la necesidad de incorporar el corpus narrativo del dieciocho a la historia de la literatura española, para reconstruir cabalmente sus dimensiones.

A esta labor ha dedicado Joaquín Álvarez Barrientos buena parte de esta última década de investigación, en que no sólo ha editado textos canónicos, como la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas* (Planeta, 1991), sino que ha rescatado otros textos poco transitados, como *La filósofa por amor* en traducción de Tójar (Universidad de Cádiz, 1995) y *El Emprendedor, o aventuras de un español en el Asia* de Martín de Bernardo (Instituto Juan Gil-Albert, 1998), ha sistematizado una visión histórica del conjunto en *La novela del siglo XVIII* (Júcar, 1991), que se ha convertido en manual de referencia, y ha ensayado calas teóricas como aquellas centradas en la relación entre la traducción y la novela publicadas en el homenaje a Mario Di Pinto (1998) o en el I Congreso Internacional sobre novela del siglo XVIII (1998).

En este volumen se recogen los cuentos *Zimeo* y *El abenaki* y una selección de narraciones orientales, todo siguiendo la traducción que Tójar publicara de Saint Lambert. La edición es crítica, en la medida en que, pese a que no hay diversos manuscritos o ediciones que exijan una detenida fijación del

texto, en ella Álvarez Barrientos da cuenta de las alteraciones que constata al cotejar la edición francesa y la traducción impresa en Salamanca; y va acompañada de un estudio preliminar que no es sólo una introducción al lector, sino una verdadera investigación que no en vano ocupa casi tantas páginas como los propios cuentos, en la que se incorporan herramientas teóricas que actualizan las posibilidades críticas, complementando la mucho más abundante crítica historicista y temática del siglo.

A partir de los datos concretos de la vida de Tójar y los avatares de su edición, Álvarez Barrientos consigue dibujar en la introducción los espacios y los modos de la sociabilidad literaria de unos ilustrados cuyo proyecto social se ve truncado tras la Revolución Francesa y cuyos proyectos literarios están siendo tutelados de cerca por la Inquisición: la tertulia clandestina de la casa de Salas y Cortés en Salamanca, donde se traducen nuevas obras; la librería francesa de Alegría y Clemente, donde se vendían sus libros; el Semanario de Salamanca del que fue impresor y donde contó con colaboradores como Munárriz o Fernández de Rojas; su imprenta, en la que compartirá aventura a partir de 1800 con Bartolomé José Gallardo, y desde la que introducirá la novela sentimental en España, con las traducciones de las Cartas de Abelardo y Eloísa, La filósofa por amor, Luisa o la cabaña en el valle, El inglés de la India y Zadig o el destino, éstas últimas prohibidas por la Inquisición.

A partir de estos espacios —tertulia, librería, semanario e imprenta— se perfila la formación de «un grupo con sus diferencias internas pero que formaba frente a la tradición», cuyo objetivo es una renovación de los contenidos que se ofrecen al lector acorde con la nueva mentalidad. Así, queda contextualizada la traducción e impresión de lo que Tójar llama cuentos «morales» —encabezamiento inexistente en la edición francesa— de uno de los «poetas filósofos».

En la introducción, Álvarez Barrientos encara también los problemas de la traducción: tanto de la autoría, como del papel del traductor en el siglo XVIII.

Como Tójar no dice que la traducción sea suya, pero tampoco señala que sea de otros —lo que hace en diversas ocasiones—, y como en el Semanario que dirige aparecen algunas traducciones de Saint Lambert luego recogidas en el libro —unas firmadas por L[iseno], pero otras sin firma—, entiende razonablemente que Tójar es, si no el traductor, el «responsable» de la traducción. Esta cuestión ha sido correctamente solventada en el título, al atribuirle a Tójar sólo el «dar los cuentos a la luz», pero haciéndolo en un lugar paratextual privilegiado como es la portada; de este modo, sin afirmar que sea el traductor, el lector actual entiende que no es sólo el impresor, encaminándose hacia el problema que se planteará y solucionará en la introducción.

Por otro lado, el cotejo de la edición de Saint Lambert y la de Tójar revela en ésta supresiones, adaptaciones e inserciones que Álvarez Barrientos sabe dotar de sentido leyéndolas en el contexto ideológico: anota la supresión de los ataques contra la conquista americana, de la diatriba final del Zimeo, y la inserción de textos remozados de Voltaire sobre la igualdad humana, apuntando que la polémica europea sobre la abolición de la esclavitud se enmarca en la particularidad española, donde también funciona como apología frente a la leyenda negra, pues ahora el comercio de esclavos está en manos inglesas y francesas.

Dado que una traducción genera una duplicidad de autores, paratextos, hipotextos y coordenadas históricas, Álvarez Barrientos presenta una adecuada y doble contextualización tanto de los textos originales franceses como de esta traducción. Por un lado, remite al impacto de las revueltas de esclavos en Jamaica, a otras obras francesas sobre el mismo asunto, a publicaciones previas de estos cuentos en la *Gazette littéraire de l'Europe* y a la reseña de Diderot sobre el volumen en la *Correspondance littéraire* de los hermanos Grimm; por otro, localiza una traducción previa de *El abenaki* de Román Hernández, advierte que un texto del mismo número del *Semanario* que anuncia los cuentos es adaptación del artículo «Des sauvages» del *Essai sur les mœurs* de Voltaire y reconstruye el ambiente que se vivía en España respecto a asunto tan enconado, con testimonios de Clemente Caines, Isidoro de Antillón, Blanco White y Quintana; respecto a las breves apólogos orientales, apunta el carácter insólito de estas lecciones de sabiduría en el marco español —pues distingue entre la temática morisca y la imitación de modelos orientales—, aunque resgistra cómo se había extendido el gusto por la cultura oriental a partir de los informes de los jesuitas en China y alude al precedente de las *Poesías asiáticas* de Noroña.

Entrando en el estudio de los cuentos, hay que agradecer que Álvarez Barrientos haya evitado ofrecer esos resúmenes que tan poco aportan, aunque vayan disfrazados de clasificaciones temáticas; y también que, una vez encuadrados los cuentos en el contexto del «primitivismo» y de los distintos modelos humanos morales del «buen salvaje», no insista demasiado en este trillado aspecto, y apueste por reflexiones más novedosas, como las que elabora sobre la estética de esta narrativa, siendo éste un género carente de preceptiva acabada.

El análisis estético resulta certero y claro. Zimeo y el viejo Abenaki quedan definidos como personajes sublimes: responden a los principios de la crítica kantiana, el primero por su crueldad, su cólera, la venganza que lo anima y la extremosidad de su pasión amorosa, y el segundo, por su humanidad paternal; a los postulados de Burke remiten ambos relatos, basados en el principio de «privación», de libertad o amor, sea éste pasional o paterno-filial. Pero ade-

más, la estética se semantiza al leerla a la luz de la historia de las mentalidades, pues que un negro o un indio, por muy abenaki que sea, pueda encarnar literariamente lo sublime, esto es, sea considerado capaz de sentir las que entonces se juzgan como sensaciones humanas más elevadas, es palmaria defensa de un igualitarismo que no llegan a concebir la mayoría de los teóricos ilustrados, cuyas posturas se desgranar a continuación.

La recuperación de estas manipuladas traducciones, que bien merecen llamarse «adaptaciones», y su hermenéutica mediante la conjugación de herramientas propias de la historia cultural con otras específicamente literarias, brinda al lector una lectura amena e ilustrada, como quería Tójar, y obliga al historiador de la literatura a pensar sobre cómo ir incorporando en ella el corpus narrativo del siglo XVIII, para no seguir brincando sobre los consabidos islotes desde la Vida del buscón llamado Pablos al costumbrismo y realismo decimonónicos. VALE.

ELENA DE LORENZO ÁLVAREZ